

Poemas de Magali Alabau

NEGRO TREN

Te voy a contar como se lee el Tora
cuando una está sentada dentro de un papel
sucio, quemado por las puntas, vomitado.
Cuando la mañana sabe a jabón
y el aire a sulfato,
cuando la música que oyes
es el aguijón de la ambulancia
y el trenero que grita D de *dog*.
Estas leyendo el capítulo Creación
y un 7 se te clava como anzuelo
dándote una punzada salvaje en ese ojo.
La palabra IRA¹ salta a tu cuello
encaramada en una manzana
que un pasajero te restriega en la boca.
La manzana y Eva.
Parásito, tren del diablo llamado Urbe,
cuando entro a tus antros
recuerdo mi intestino.
Los mapas son las guías chorreadas de pus
que el diablo imprime para sus favoritos.
La historia de Abraham me encanta.
Voy a Queens o a la ternera degollada.
Una vez sentada se me olvida quién soy,
a dónde voy o dónde vivo.
Si me agarro a la manigueta encima de mi cabeza,
siento que soy la vil carne de un cerdo.
Caín mató a Abel con una quijada de perro.
Los dientes de la roña comienzan a morderme.
La gente piensa: aquí, en este tren de carga,
un baño de sangre no haría mal.
Las puertas se abren y el paraguas negro
de uno de los arcones me atiza la mano
para cuando se cierre la puerta me hierva el dolor.
Últimamente se recitan los salmos en el *subway*
y de vez en cuando se anuncia la venida del Mesías.

¹ IRA es sigla de una cuenta de ahorros para retirados que se anuncia en trenes subterráneos neoyorkinos.

Jesús caminando en los pasillos.
¡Aleluya!
Jesús predicando,
aguantado de una de las cabezas de esos radios,
susurrándome al oído:
el príncipe de este mundo
vive en el tren.

Cuando creí que ya me había olvidado

de las imágenes del *ghetto* de Varsovia,
de macilentos cuerpos
maltratados,
cuando creí había olvidado
de cómo les ataron los tobillos
y las manos,
y desnudos
fueron arrojados en las fosas
turbulentas
de lodo,
llegaron las fotos
de esos infelices
que murieron de frío.
Cuando me disponía
a tomar el avión para encontrar
el territorio del futuro,
me han puesto al frente estas imágenes
de estrujados cartuchos
que pudieron ser tú o yo
o uno de ellos con quienes yo jugaba.
Cuando apenas me olvidaba del olor a gas
o de las filas de seres indefensos
que rezaban en cuclillas
o de sus cuerpos sin vida
inermes en la sala
adonde entraron aterrados,
descubro tu cara revirada y sin rasgos.
Apenas colocando mi maleta de viaje,
en la extrañeza de esas aportaciones
de la imaginación,
llegaron las fotografías.
Me prometieron que

las maletas seguirían mi rumbo
detrás de las asignaciones
y las líneas.
Entramos dócilmente al camión
y, fue ahí donde nos dejaron.
Observo tu foto.
¿Cuántos años
para hacer de tu rostro
una máscara de cal
pidiendo auxilio?
¿A qué nivel de una tarde cualquiera
me has traído
cuando ya había olvidado
del orden impuesto en Birkenau
o en Auschwitz?
¿Tendrá alguien la imaginación
de descartar el orden
y ver el caos en este planeamiento
de la infamia?

Reconocí el cadáver
con sucias sogas en las manos,
reposaba ya quieto
con su tarjeta de identificación,
desnudo, tapándose la pelvis,
un noble gesto de pudor
ante la muerte.
Yo lo conocía, hablábamos.
Me enseñó su encía,
los dientes que le ardían.
Viendo pasar esas maletas
por la rampa pienso
en aquellos judíos que hicieron
lo inimaginable.
¿Qué harías tú si un día
tocarán a la puerta
y te dijeran recoja la maleta?
¿Tendrías tiempo de tragar el veneno
que escondiste por si llega el momento?
Debe existir alguien
que no pudo aguantar la pesadumbre
diaria de estos seres.
Sí, alguien que existe en Sobibor

o en las afueras del Cotorro o de Treblinka.
Alguien que derramó una lágrima
cuando Carlos fue arrojado del camión al hueco
sin apenas un trapo cubriéndole los ojos.
Y tú, este otro sin nombre,
¿qué grito has dado que aún
reverberas en mis sueños?
¿Qué gesto de entrega me has confiado
para yo recordarte en un poema?

HOJAS

¿Quién llora cuando las hojas caen,
cuando el agua sin cesar las ahoga,
y revuelven la tierra
acunando gusanos moribundos?
El invierno tiene olores que olvidamos.
El rojo que grita,
el amarillo enfermo,
el negro que es ceniza.
Aunque lleve en la cabeza tantos mundos
uno solo es el que uno habita,
nos saca un litro de sangre,
nos tira de perfil y de frente una fotografía,
nos toma las huellas digitales.
Uno pasa de cola en cola, de fila en fila,
dándole a la espera otro nombre.
Medimos lo que no nos falta
por esa libertad sin condiciones,
Una entrevista más, unas declaraciones,
juramentos a otras estructuras.
Después de tanto procesarnos
no nos queda nada de los sueños.
Dicen que soñar no cuesta,
yo diría, sin pensar, cuesta la vida,
los minutos gastados, el trote,
las pequeñas mentiras.
Inventamos personajes que no existen,
declararlos, imposible.
Se cansa uno de tantos pedacitos,
pensar en algo, saltar a otro capítulo.
Actuar en el teatro de teatros.

Buscar un escenario y no un apartamento.
Los muebles son los *props*,
la mesa que arrojaron en la calle,
la silla sin patas, tan perdida
en medio de multitudes y desprecios.
Entonces estarían justificados los fragmentos.
El rompecabezas obtendría forma.
El teatro tira para un lado, te tuerce
y hace que te crezcan las pestañas.
Te pinta de rubia,
te pone morado cada ojo.
Eres tú, soy yo, interpretando.